

SEMINARIO

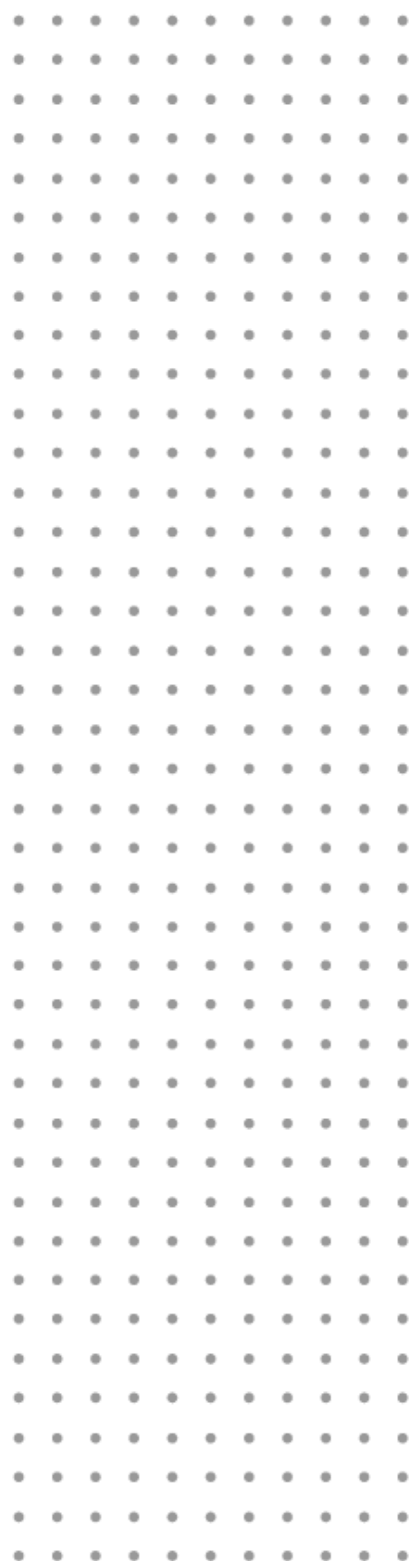
Introducción al Pensamiento Nacional y Latinoamericano

Unidad 6

Autores: Dr. Francisco Pestanha y Lic. Emmanuel Bonforti

Coordinador: Dr. Francisco Pestanha

Febrero 2018



Introducción

Para introducirnos en el tratamiento de esta unidad que cierra el programa del seminario, comenzaremos sintetizando aquellos núcleos conceptuales que conforman el recorrido *-autoconocimiento, autorreflexión, autoestima-* a través del cual es posible desarrollar y ampliar la conciencia nacional, así como determinar metas y objetivos a partir de una evaluación de nuestras grandezas y debilidades. Veamos.

Las denuncias provenientes de la reacción antipositivista en nuestro país, alertaron sobre el déficit de conocimiento de lo propio (*autoconocimiento*), fundado en una construcción educativa que priorizaba el conocimiento de lo universal sobre lo particular.

La conciencia de esta carencia fue creciendo paulatinamente y alcanzó un estatus de reconocimiento masivo gracias a las sentencias de Manuel Ortiz Pereyra, a la labor de F.O.R.J.A y a otros autores y agrupamientos que contribuyeron a la construcción de un Pensamiento Nacional que se caracterizó por su tarea de análisis e interpretación de nuestra realidad, mediante la elaboración de conceptos propios que dieran cuenta de la realidad nacional. **A esta estrategia de elaboración conceptual la denominamos *autorreflexión*.**

En particular, la denuncia de la prioridad que se otorgaba a la formación pedagógica de procedencia foránea impulsó en el Pensamiento Nacional, un movimiento hacia la *autoestima colectiva* que rechazaba los mecanismos autodenigratorios forjados en el seno de un sistema cultural dependiente, completamente ajeno a la revalorización de lo propio.

Tanto en el nivel de la formulación teórica como en el de la práctica, estas etapas del Pensamiento Nacional, *autoconocimiento, autorreflexión, autoestima*, se retroalimentan dialécticamente. Ninguna funciona de forma individual, aunque es cierto que en determinados momentos una puede adquirir preponderancia sobre otra. La denuncia del déficit, la valorización de lo propio y la elaboración de un entramado de conceptos que evidencien la realidad nacional permiten pensar, y a

su vez contener, el momento culminante del Pensamiento Nacional, que es el de la autoestima.

El pleno desarrollo de la autoafirmación es lo que nos permite consolidarnos como nación y comunidad, con verdadera conciencia de lo que somos y con capacidad para reconocernos en el otro.

En una nación como la nuestra, con elites que adhirieron a un modelo semicolonial consentido, el proceso de autoafirmación se construirá, para los pensadores nacionales, a partir de acontecimientos emancipadores, tales como la Guerra del Paraná, Vuelta de Obligado, la lucha por Malvinas o, inclusive, las jornadas de octubre de 1945. Estos momentos, para los pensadores nacionales reforzarán el sentimiento de identidad nacional y permitirán avanzar en un proyecto de país soberano. Como bien dice Gustavo Cirigliano al respecto, *“la identidad nacional es la conciencia del Proyecto Nacional, y lo que se denomina ser nacional no es esencia (concluida) sino existencia (proyectada). Por eso el proyecto de país tiene su origen fundante en esa identidad que caracteriza a cada pueblo más que a cada individuo.”*¹

La autoafirmación presupone una serie de procesos, entre los que se destaca una real comprensión de lo que se es, y a partir de ello, una estrategia de percepción y de relación con el otro. Y en esta unidad pasaremos revista a una serie de sucesos históricos que ilustran ese vínculo con el otro y la subsecuente toma de conciencia.

Objetivos de la unidad

- Comprender la “autoafirmación” como un proceso que deviene de las interacciones entre el autoconocimiento, la autorreflexión, la autoestima la autoconciencia y confluye en la posibilidad de consolidarnos como nación y comunidad.

¹ . Cita de Scalabrini Ortiz en PESTANHA, J. (2011): *¿Existe un Pensamiento Nacional?* Buenos Aires, Fabro, p. 17.

- Reconocer las formas en que ha operado el concepto de otredad dentro de las elites y en los sectores populares y las modificaciones del encuentro con el otro a lo largo de nuestra historia.
- Establecer las diferencias entre la asimilación y el reconocimiento de la otredad.
- Identificar la influencia del proceso de reconversión de la otredad, en momentos en los que se define la autoafirmación.

6. Pensamiento Nacional y Autoafirmación

1. El concepto de otredad

1.1. El factor multígeno en la conquista de América

Para desarrollar el concepto de otredad resulta imperioso repasar a vuelo de pájaro nuestro desarrollo histórico, en cuyo seno, el factor multígeno identificado y definido por Scalabrini Ortiz cumplirá un rol central. La utopía positivista fomentaba la construcción de una Argentina que emulaba las regiones nórdicas europeas en las que, de acuerdo con Scalabrini, *“el producto de procreaciones sucesivas de seres idénticos – monógenos– tiende a conformar seres especializados en los que las cualidades no fundamentales se relajan hasta desaparecer”*.

En contraste con esta visión, Scalabrini señala: *“en las sociedades multígenas como la nuestra ‘el ser de orígenes plurales tiene brechas abiertas hacia todos los horizontes de la comprensión tolerante’...”* de modo tal que *“en cada dirección de la vida ‘hay un antecedente que le instruye en una benigna coparticipación de sentimientos. Nada de lo humano le es ajeno’.”*²

El vínculo entre los europeos y los habitantes del continente, que los conquistadores bautizaron América, fue una experiencia singular en materia de conquista y relaciones

sociales.



² . Ibíd., p. 36.

Ejemplar de una pintura de castas de 1780 - Mulato



Ejemplar de una pintura de castas de 1780 - Mestizo



Ejemplar de una pintura de castas de 1780 - Zambo

En las tierras recién descubiertas, los españoles se toparon con tribus nómades, pero también con tres grandes culturas desarrolladas en un sentido categóricamente ajeno a la cultura imperante en el renacimiento europeo, en una Europa que dejaba rápidamente atrás la sociedad medieval, en pos de la construcción de Estados nacionales por sobre las microfronteras feudales.

Mientras que para los españoles resultó traumática la dificultad de implantar la idea de “nación” que habían naturalizado en su contexto de origen, el europeo comprometido con la modernidad que llegó al Nuevo Mundo se empeñaba en aplicar un modo de vida gestado en su continente, es decir, imponer una impronta económica con perfil

burgués basada en el arte del comercio y los valores mercantiles. Esta novedosa situación requería, imperiosamente, explotar las flamantes posesiones territoriales. Los conquistadores españoles necesitaban mano de obra para explotar las minas, ya que con la población nativa no alcanzaba, en parte porque la forma de conquista imponía situaciones degradantes a quienes realizaban las tareas extractivas, mermando la esperanza de vida en las poblaciones conquistadas.

Junto a la incorporación de población africana (que, de todos modos, en la conquista española no fue un rasgo tan determinante como en América del Norte), las poblaciones nativas y los españoles de linaje débil que decidieron instalarse en el nuevo continente fueron configurando, como bien sabemos, un nuevo fenómeno social llamado *mestizaje*. *“El mestizo será llamado criollo con el tiempo, y según sean sus caudales y legitimidad de filiación estará integrado a las clases económicamente privilegiadas, aunque persista para él la segregación de la vida política. El criollo ilegítimo o desprotegido será ‘mestizo’ y vegetará en las capas profundas y expoliadas de la sociedad colonial”*.³

Vale la pena detenerse en el criollo segregado de la vida política y el mestizo de las capas profundas y expoliadas, ya que ambos protagonizarán los grandes momentos de autoafirmación.

La conquista llevó implícitos los avatares de cualquier imposición de un grupo social sobre otro, es decir, matanzas, asesinatos y genocidios, situaciones que abundan en una historia de la humanidad en la que muchas veces la violencia es el motor de los cambios. No podemos elegir la historia que más nos guste, de modo que solo nos queda interpretarla a partir de los hechos. En este sentido, cabe tener en cuenta que la conquista española permitió la unificación administrativa y territorial de un continente que hasta el momento estaba formado por tres grandes culturas y numerosas tribus nómades, diseminadas de norte a sur.

³ . RAMOS, J. A. (2011): *Historia de la Nación Latinoamericana*. Buenos Aires, Continente, p 77.



Primera iconografía bélica de la serie de murales realizados en el Palacio Nacional de Méjico, entre 1929 y 1951 por el artista mejicano Diego Rivera, sobre la historia de su país. Al fondo, los indígenas, totalmente sumidos en la dominación de los nuevos dueños del territorio.

Este proceso de unificación, sumado al factor de la lengua común, fue configurando una nueva identidad de características multígenas contra la cual embestirá la reacción iluminista desde la segunda década de siglo XIX, consolidada en el proyecto impuesto a partir de Caseros y Pavón. La avanzada iluminista configurará una nueva noción de la *otredad*, enunciada por un *nosotros* que buscará diferenciarse y alejarse del mundo indo-hispano-criollo.

1.2. La noción de la otredad y la inversión del concepto de barbarie

A fin de comprender nuestro proceso de autoafirmación, necesitaremos analizar de qué manera ha operado el concepto de otredad dentro de las elites y en los sectores populares, de qué forma fue modificándose a lo largo de nuestra historia el encuentro con el otro, qué diferencias han existido entre la asimilación y el reconocimiento de la otredad y cómo influye este proceso de reconversión de la otredad en momentos en los que se define la autoafirmación.

La noción de *otredad* es clave para la comprensión de lo que Jauretche denominó “zoncera madre”: la zoncera de *civilización* y *barbarie*. Recordemos que a partir de ella, “se intentó crear Europa en América trasplantando el árbol y destruyendo lo indígena que podía ser obstáculo al mismo para su crecimiento según Europa y no según

América".⁴ Continuando en esta línea, don Arturo sostiene que *"La incompreensión de lo nuestro preexiste como hecho cultural o, mejor dicho, el entenderlo como hecho anticultural llevó al inevitable dilema: Todo hecho propio, por serlo, era bárbaro, y todo hecho ajeno, importado, por serlo, era civilizado. Civilizar, pues, consistió en desnacionalizar –si Nación y realidad son inseparables–"*.⁵ Quedó así en evidencia de qué manera concibieron la otredad las elites que impusieron el proyecto político, económico y cultural triunfante en la segunda mitad del siglo XIX.

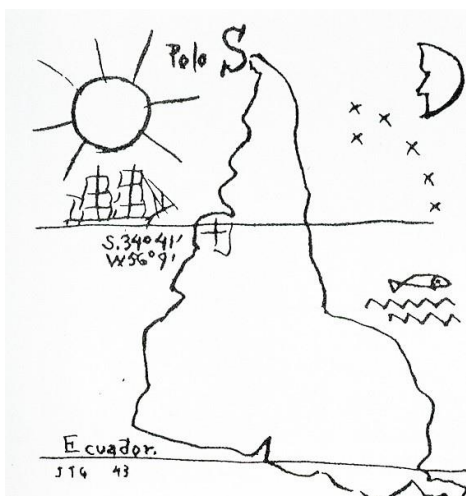
La *intelligentzia* victoriosa avanzó, para los pensadores nacionales, a contrapelo de la idea heredada de la cultura grecorromana, según la cual la civilización proviene de fronteras adentro. Por consiguiente, obstaculizó la posibilidad de pensar a la Argentina desde un lugar propio.

Jauretche ilustra esta concepción analizando el diseño del mapamundi impuesto por la superestructura imperial y adoptado por sus socios locales. En este mapa, nuestro territorio nacional se coloca abajo y a la izquierda, mientras que en el centro se sitúa a los países del primer mundo. De esta manera también se naturaliza la idea según la cual esos países "centrales" son los poseedores de "la cultura" propiamente dicha, que el resto del mundo debe emular o a la que es preciso someterse desde "la periferia".

Este pensador nacional, oriundo del pueblo bonaerense de Lincoln, propone entonces reformular el diseño del planisferio invirtiendo las reglas cartográficas de la superestructura, idea cara al pensamiento nacional que también aparece en la obra de otros trabajadores de la cultura en el nivel continental, como en el mapa "invertido" de América del Sur que inmortalizó el pintor uruguayo Joaquín Torres García.

⁴ . JAURETCHE, A. (2010): *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires, Corregidor, p. 23.

⁵ . *Ibíd.*, p. 23.



América invertida (1943) del pintor uruguayo Joaquín Torres García. Actualmente en el Museo Torres García. Montevideo, Uruguay. (imagen de dominio público)

La exhortación a desbaratar el orden jerárquico instaurado por la *intelligentzia* también fue promovida desde la música, como se observa en el célebre alegato de la canción *Triunfo*

Agrario, de Alfredo Zitarrosa: “Hay que dar vuelta el tiempo / como la taba; / el que no cambia todo / no cambia nada”.

Para el Pensamiento Nacional, entonces, la idea de una centralidad ocupada por los países del Norte fue impuesta por la superestructura cultural subordinada a las apetencias imperiales e influyó de forma clave en la noción de otredad difundida por las elites triunfantes.

En este punto cabe destacar la noción de centralidad en el pensamiento del lingüista búlgaro Tzvetan Todorov, quien despliega conceptos similares a los de Jauretche al analizar la conquista de América: “No solo la Tierra no es el centro del universo, sino que tampoco es ningún punto físico: la noción de centro sólo tiene sentido en relación con un punto de vista particular; el centro y la periferia son conceptos relativos como los de civilización y barbarie”.⁶ El filósofo búlgaro analiza la noción de centralidad con la mirada puesta en la conquista de México, donde la forma de dominación española, debido a la magnitud de la civilización azteca con que se toparon los europeos, tuvo una contundencia más fuerte que en el Río de La Plata.

Pero lo que importa destacar aquí, es aquello de que la noción de centro se construye desde un punto de vista particular, en el marco de la gestación de un proyecto hegemónico, en este caso el de la oligarquía.

La filosofía positivista logró imponer una **idea de centro** que incluso, trastoca la antigua noción heredada de civilización y barbarie, ya que, como señalamos antes, la

⁶. TZVETAN, T. (2005): *La conquista de América: el problema del otro*. Buenos Aires, Siglo XXI, p. 203.

mistificación de la elite rioplatense consistió en tachar lo propio de bárbaro y enaltecer lo ajeno como lo civilizado. De esto último se desprende el desglose que realiza Fermín Chávez en *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, donde el pensador nacional explica la inversión semántica del término *bárbaro* basándose en la filosofía de Nimio de Anquín, para quien existe una distinción entre *proximidad* y *barbarie*.

El primer término *-proximidad-* refiere a una dimensión que se transporta bajo la lógica del amigo-enemigo, donde el más fuerte devora al más débil. Es puramente de carácter teológico e inaplicable en el plano político. Lo *bárbaro* vendría a ser el reaseguro de la supervivencia del más débil, ya que lejos de presentar la connotación que la oligarquía le quiere imprimir, permite el despliegue de una malla que, a través de una autodeterminación enraizada en su matriz cultural, impide ser absorbido por los Estados más poderosos.

Así, la trampa implícita en la superestructura consiste en una inversión conceptual que produce un doble movimiento: por un lado, se falsifica la realidad a través de una ideología impuesta por el dominador, y por el otro, una vez consolidada esa cosmovisión, se despliega una construcción ideal del sujeto que excluye lo local como elemento extraño y ajeno a la nación, al que se atribuyen características de enemigo que merece ser perseguido por representar “la otredad”.

De ahí que Sarmiento contrastara el proyecto rivadaviano, al que consideraba representante de la civilización, con el de Rosas, que para él era signo de la barbarie. En el *Facundo*, el sanjuanino dice que Rivadavia trajo “*la Europa [para] vaciarla de golpe en la América i realizar en diez años la obra que antes necesitara el transcurso de siglos. ¿Era quimérico este proyecto? Protesto que no. Todas sus creaciones administrativas subsisten, salvo las que la barbarie de Rosas halló incómodas para sus atentados*”.⁷

1.3. El avasallamiento simbólico

Las matanzas y los genocidios orquestados desde el marco teórico positivista constituyen una impronta de época. Influenciados por esta matriz de pensamiento y su

⁷ . CHÁVEZ, F. (1977): *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*. Buenos Aires, Editora del País, p. 119.

concepción de la otredad, los dirigentes de siglo XIX se impusieron por las armas, ya que controlaban el Estado, es decir, el monopolio de la fuerza, y disciplinaron también al derrotado a través de lo simbólico. De ahí que podamos interpretar la anulación del otro, en este caso el criollo, desde un doble plano. La imposición de un grupo sobre otro a lo largo de la historia cumple la función de anular la humanidad del otro, más débil. En términos materiales, la oligarquía anuló el acuerdo en la imposición, estableciendo un modo de producción que favorecía sus intereses como clase parasitaria.

Los mitristas nunca consultaron a los pequeños productores del interior sobre la conveniencia de una apertura indiscriminada al libre comercio, que perjudicaría la producción de manufacturas serranas; simplemente la impusieron por considerarse a sí mismos civilizadamente superiores y dueños de la razón por sobre la supuesta barbarie indo-hispano-criolla.

Tampoco el General Roca “consultará” a las culturas del Sur cuando decidió avanzar sobre ellos para extender la frontera de producción lanar. A raíz de la construcción e imposición de este concepto de otredad que englobaba en él al pasado y al presente mestizo, obligando a los destinatarios de tal categoría a cambiar radicalmente su modo de vida o desaparecer del mapa, puede decirse que el positivismo avasalló violentamente al otro, tanto en lo material como en lo simbólico.

Volviendo a Todorov, *“existen tres formas de relacionarse con el otro; en primer lugar, desde un plano axiológico, el otro es bueno o malo, [...] es mi igual o es inferior a mí; el segundo plano tiene que ver con el acercamiento o el alejamiento en relación con el otro: adopto los valores del otro, me identifico con él, o bien asimilo el otro a mí, le impongo mi propia imagen [...] el tercer plano es epistémico: es cuando conozco o ignoro la identidad del otro”*.⁸

Quizá sea el segundo enfoque el que mejor ayude a interpretar la tradición positivista del siglo XIX, sobre todo en lo que concierne a la imposición de un otro poderoso, ajeno a la realidad local, sobre un grupo más débil al que a su vez se le atribuye la categoría de “otro”.

⁸. TODOROV, T.: *La conquista de América: el problema del otro*. op. cit., p. 193.

Sin embargo, desde el positivismo, estas formas de relacionarse con el otro tenderán a fusionarse y adaptarse a las diferentes coyunturas a lo largo de la historia, según cuál sea la relación de fuerzas entre los grupos en pugna. Así, veremos que los demócratas enrolados en el positivismo desplegarán **estrategias asimilacionistas** en determinados períodos, tratando de proyectar sus propios valores en los otros.

Estas estrategias siempre tuvieron un efecto cortoplacista, ya que se limitaron a mantener las condiciones de dominación, es decir, a mantener escenarios adecuados para que el imperio y la oligarquía reprodujeran sus negocios. Como ejemplo, podríamos mencionar el crecimiento controlado por la oligarquía que impulsó durante la década del '30 el Partido Socialista Independiente, cuyos mejores cuadros de entonces -Presbich, Pinedo- sirvieron para cubrir de un barniz democrático a uno de los períodos de mayor entrega del patrimonio nacional.

1.4. Del esencialismo positivista a la conducción de la heterogeneidad

Ante la *imposición, la asimilación, la negación y la alteridad*, los sectores populares supieron resistir y acomodarse desplegando diferentes **estrategias defensivas**, entre las que pueden contarse el *mestizaje* o el *sincretismo*. Ningún poder es monolítico: todos ofrecen fisuras y grietas capilares a través de las cuales es posible autoafirmarse como sujeto histórico en momentos de defensa, y en ello radica el esfuerzo y el triunfo de los sectores populares.

Frente a la construcción de un ideario positivista, dichos sectores no solo opusieron resistencia, sino que también modificaron el legado ajeno mediante la *fusión*, interviniendo por ejemplo en fiestas y rituales que se consideraban exclusivos de la civilización europea. Estos mecanismos se perciben claramente en las celebraciones religiosas, que los sectores populares adaptan otorgándoles una impronta de religiosidad propia, tal como ocurre con las prácticas sincréticas de las poblaciones nortteñas.



Un ejemplo de práctica sincrética lo constituyen las fiestas anuales de celebración de la Virgen María en Salta y Jujuy. Si bien allí está la Virgen y el sacerdote que guía la columna, la ceremonia corresponde más a los rituales indígenas de la Pachamama que a la europea Virgen María. Fuente: <http://www.portaldesalta.gov.ar/>

Gracias a la obstinada lucha yrigoyenista, los sectores populares también lograron insertarse en la política y obtener conquistas en materia de derechos civiles. En estas manifestaciones se expresa además una

manera diferente de abordar la noción de alteridad, que sin caer en lugares idealistas la concibe de manera inclusiva, tal como veremos al analizar el concepto de nación que impulsan los movimientos nacionales.

El intento positivista de imponer un pensamiento único, en cambio, se montó sobre la utopía de trasplantar la sociedad europea a América, y particularmente, en nuestro caso, a la Argentina. Esta concepción contiene **elementos esencialistas**, como el supuesto de que la cultura sajona es superior a la indo-hispano-criolla; de ahí la idea de instalar una pureza ajena a la realidad histórica del continente, y especialmente ajena al tipo de colonización que caracterizó al antiguo virreinato del Río de La Plata: el mestizaje.

La concepción idealista de pureza y esencia siempre chocó con la realidad mestiza, pero no cesó en su insistencia de reproducir el anhelo positivista de identidad artificial, trasplantada y homogénea. De este modo oprimía el desarrollo de una cultura heterogénea, ya que rechazaba a priori el acercamiento a la **otredad multigénea propia de nuestra historia**.

El proyecto positivista oligárquico se proponía entonces construir una identidad edificada a partir de la exclusión: la clara imposición de un otro civilizado sobre el otro bárbaro. La limitación de este plan era la imposibilidad de reproducir el modelo de autodeterminación europea, en cuyo marco un “nosotros interno” se impone sobre el “otro externo” que, llegado el caso, asume las características de bárbaro. Tal situación resultaba inconcebible en nuestro país, ya que quienes se encargaron de construir el

Estado moderno no veían la ajenidad en lo externo sino en las poblaciones del interior, a las que calificaban de bárbaras.

En el desarrollo de la unidad veremos que el éxito de los movimientos nacionales reside en la conducción de la heterogeneidad, que a su vez es condición de posibilidad de la autoafirmación.

2. Momentos de negación de la autoafirmación

2.1. El *otro* en el proyecto oligárquico

Los tiempos de ascenso de la oligarquía, tanto mediante las armas como mediante el disciplinamiento que impone el consenso a través de la colonización pedagógica –con sus momentos extremos, como las matanzas, los genocidios, las persecuciones, los fraudes, la enajenación del patrimonio y la cultura– pueden pensarse como períodos en los que se niega de plano toda posibilidad de autoafirmación.

A pesar de que el destinatario de este avance fue etiquetado con diferentes nombres a lo largo de nuestra historia –desde el *criollo*, el *mestizo*, las *montoneras federales*, el *indio* y el *mulato* hasta la *chusma radical*, el *obrero peronista*, el *cabecita negra*, el *subversivo* y el *piquetero*–, siempre fue integrante de un mismo colectivo, que es el popular: un universo que, por historia y por tradición, posee una cualidad identitaria consolidada y avalada por los años y las gestas patrióticas. De hecho, fueron los sectores populares quienes mejor entendieron la causa nacional en épocas de lucha por la independencia.

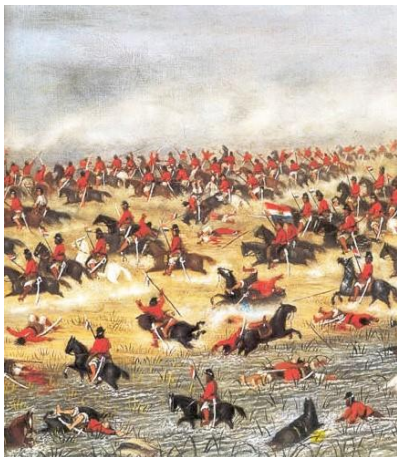
El colectivo popular no encaja en el proyecto de Estado homogéneo impulsado por la oligarquía, debido a la multiplicidad de identidades que cobija en su seno. Al no aceptar esta pluralidad, una mirada sesgada condenará lo múltiple a aparecer como “**lo otro**” que debe ser ignorado o destruido.

2.2. Las matanzas impulsadas desde el Centralismo

Podemos comenzar por entender la negación del otro multígeno en el proyecto de la oligarquía portuaria. Con el antecedente de Caseros, la batalla de Pavón consolidó el propósito de los voceros del libre mercado. De inmediato, los intereses particulares que

expresaba la patria chica de Buenos Aires se abocaron a domar y aplastar todos los avances previos del interior hacia la autoafirmación en el ser nacional y el carácter nacional. Para ello era necesario, en primer lugar, eliminar las multiplicidades del interior; de ahí que el primer paso del mitrismo consistiera en suspender las atribuciones de los gobiernos provinciales, por entonces, en manos de los caudillos que habían formado parte de las guerras de independencia o tenían un pasado de resistencia a las históricas pretensiones portuarias.

Además de los designios económicos de Buenos Aires, que consistían lisa y llanamente en la imposición de un sistema basado en el libre mercado, el endeudamiento externo y la aniquilación de la industria artesanal del interior, se conjugaba en esta aspiración centralista la neutralización de la identidad popular. Así, la idea del Estado-nación impulsada por Buenos Aires necesitaba imperiosamente construir un pasado homogéneo, es decir, eliminar el pasado indo-hispano-mestizo, borrar las diferentes lenguas laterales al idioma del puerto —el guaraní, el quechua, etc.—, así como avanzar hacia la construcción de una hegemonía ideológica que permitiera hacer pasar por universales las representaciones sociales de procedencia urbana: los únicos perfiles culturales válidos serían los provenientes de la ciudad “civilizada”, ya que el otro provinciano no estaba invitado a sumar sus voces diversas para construir la identidad de la Nación.



Batalla de Tuyutí 1866. Obra del pintor Cándido López realizada en 1899, actualmente en el Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.
(Imagen de dominio público)

Ese supuesto centro se propuso entonces, para los pensadores nacionales, “llevar la civilización” a las provincias a fin de arrasar con la “barbarie”, aunque lo hizo mediante una particular inversión conceptual: el centralismo porteño no concebía la identidad como la némesis del otro externo, sino que “el otro a eliminar o transformar” era el provinciano, es decir, el elemento interno. Como reforzando la paradoja, la empresa “civilizatoria” sumó incluso a hombres del ejército uruguayo y del Partido Colorado. El ejército mitrista llevará en sus espaldas las huellas de este genocidio encubierto por la historia oficial, que el propio Mitre se encargó de redactar pero que el Pensamiento Nacional desnudó a través del revisionismo histórico.

Según Daniel Feierstein,⁹ los procesos genocidas atraviesan una serie de momentos en los que se va construyendo el escenario con el fin de llevar a cabo una práctica social que para la literatura *naïf* es fruto de decisiones individuales: uno de los estadios de este proceso es la *construcción de la otredad negativa*. Percibimos claramente esta instancia en el proyecto fundador de la oligarquía, con su avance sobre el interior y el corolario de la Guerra de la Triple Alianza. Como ocurre con toda guerra, para que la legitimación no se efectuara únicamente por la fuerza era necesario construir una opinión pública que aprobara el desarrollo de la aventura bélica.

Con este objetivo se lanzó desde Buenos Aires una campaña que apuntaba a dividir la sociedad en dos identidades, otorgando determinados atributos a cada una de ellas: los portadores de las propiedades civilizatorias eran los cruzados que verterían las mieles de la cultura en los pueblos del interior, que a su vez eran portadores de la barbarie. Esta operación simbólica, que depositaba toda la carga negativa en la identidad rechazada, se basó en discursos que iban desde el racismo explícito hasta simples postulados de clase. Vale recordar las palabras de Sarmiento y su visión del otro en una carta enviada al General Mitre: “*No ahorre sangre de gauchos, mi general, que es lo único que tienen de humano*”.

La otredad negativa se construye eliminando todo mérito en la alteridad que se apunta a enfrentar, ubicándola en un plano de inferioridad tal que ni siquiera requiere entablar

⁹ . FEIERSTEIN, D. (2007): *El genocidio como práctica social*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

un debate político, ya que carece de atributos que la iguallen como interlocutora. Se busca adjudicarle la suficiente cuota de negatividad como para que la opinión pública deje de considerarla parte de un nosotros, actitud que queda clara en el intercambio epistolar de Mitre con Sarmiento. Así le escribía el fundador del diario *La Nación* (Mitre) a Domingo Faustino Sarmiento: *“No quiero dar a ninguna operación sobre La Rioja el carácter de guerra civil. Mi idea se resume en dos palabras: quiero hacer en La Rioja una guerra de policía. La Rioja es una cueva de ladrones que amenaza a los vecinos y donde no hay gobierno que haga nada, ni la policía de la provincia. Declarando ladrones a los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo”*.¹⁰

La concepción de la otredad negativa recorre el plano de lo simbólico para avanzar hacia el horizonte del hostigamiento. La tolerancia ni siquiera se contempla al lidiar con el otro, ya que no se lo considera un enemigo político sino un delincuente común; será José Hernández quien mejor lea este proceso para describir poéticamente un momento en el que los sectores populares se veían acorralados por la imposición de la identidad portuaria, que habilitaba la visión del otro como un delincuente, como alguien que no se sujetaba al imperio de la ley y, por ende, que legitimaba el pasaje a la violencia material.

La identidad porteña suponía un nosotros por oposición al otro, **un nosotros de corte excluyente**. La mirada positivista era demasiado rígida para vivir con la alteridad, a diferencia de los sectores populares que sabían convivir con la heterogeneidad porque esta formaba parte de su devenir histórico. La incapacidad de entenderse con las diversidades situaba a la oligarquía en un doble error: por un lado, el discurso de la elite marcaba diferencias insalvables oponiendo un interior al que le atribuía el carácter de atrasado en relación a una ciudad portuaria que calificaba de moderna; y por el otro, se situaba de un lado colocando toda la carga negativa en la alteridad, hasta el punto de engeguercer definitivamente su cosmovisión: *“El racismo no consiste en el señalamiento de las diferencias, sino en adjudicarles (generalmente a priori) una carga negativa, en asociar características grupales de tipo corporal, cultural, nacional o de*

¹⁰ . RAMOS, J. A. (1982): *Del patriciado a la oligarquía*, Buenos Aires, Mar Dulce, p. 25.

clase con valoraciones negativas, que suelen acompañarse con actitudes de desprecio, agresiones físicas o limitaciones de derechos.”¹¹

Ya hemos descrito una estrategia menos ofensiva empleada por el dominador durante la conquista: la *asimilación*, es decir, *la imposición al otro de los valores propios*. Este abordaje se modificó en el período de expansión positivista, que coincidió en el tiempo con la hegemonía mitrista: del buen salvaje se pasó a la visión del gaucho delincuente, sujeto que obstaculizaba la imposición de un modelo de Estado que para encajar en la perspectiva occidental debía excluir la cultura mestiza. La única posibilidad de incorporarlo al proyecto era a condición de “civilizarlo” mediante elementos foráneos y ajenos a su realidad, negando su identidad, lo cual equivalía a sustraerle el derecho a la autoafirmación.

Según el caso, este gaucho comenzó a ser visto como un subversivo o como representante de un período infantil de la humanidad, que para alcanzar la “mayoría de edad” debía someterse al proceso de “civilización”. Jorge Abelardo Ramos nos ofrece una imagen de esa época, que también fue ilustrada por José Hernández en el *Martín Fierro*: *“Los criollos son rechazados hacia atrás, aniquilados por el ejército de línea, agotados en la guerra contra el indio o sometidos al “status” del paria, proceso desgarrador que Martín Fierro describirá en su poema épico. El gaucho que no se somete será destruido. El que se rinda, o sus hijos, será el peón domado de la gran estancia o el jornalero de la chacra naciente”*.¹²

El *otro* era señalado a partir de imaginarios contruidos desde Buenos Aires, que comenzaron a imponerse como legítimos después de Pavón. Esta construcción ideológica proveniente de Europa estigmatizaba a la otredad por el color de la piel, los modos de producción o las costumbres culturales, amparándose en un discurso evolucionista que declamaba la purificación del otro bajo un barniz de discurso científico. De este modo se naturalizó la visión negativa de la alteridad con una lógica pertinente para el observador, pero ajena al observado.¹³

¹¹ . MARGULIS/URRESTI (1999): *La segregación negada: cultura y discriminación social*. Buenos Aires, Biblos, p. 44.

¹² . RAMOS, J. A. (1982): *Del patriciado a la oligarquía*, Buenos Aires, Mar Dulce, p. 35.

¹³ . LORITE MENA, J. (1995): *Sociedades sin Estado: El pensamiento de los otros*. Madrid, Akal.

Tal como señalamos antes, la máxima aspiración del positivismo oligárquico era la incorporación de valores sajones una vez eliminado el pasado indo-hispano-criollo: en otras palabras, la supresión física, pero también simbólica, de la mayor parte de la población. La filosofía positivista descansaba sobre una perspectiva evolucionista imbuida de formulaciones racistas: una marca de época que constituyó el caldo de cultivo para la construcción negativa de la otredad mestiza.



*Desembarco en Buenos Aires. Óleo
(1845) del pintor Mauricio Rugendas*

La *negación del otro* se vinculaba directamente a la noción de *tabla rasa*, pero la miopía que llevaba a la imposibilidad de convivir con una heterogeneidad heredada culturalmente —el evolucionismo promovido por Sarmiento— nunca dejó de chocar con la realidad mestiza al expresar sus aspiraciones utópicas de establecer una sociedad blanca y europea:

“Sarmiento se sentía enormemente angustiado por el proceso de mezcla racial que se había verificado en la Argentina: en uno de sus libros citaba a Agassiz, el más distinguido teórico norteamericano de la degeneración de los mulatos, acerca de los deletéreos efectos de tal mezcla. Admirador de Estados Unidos, Sarmiento atribuía el progreso de ese país al hecho de que sus colonizadores blancos no hubiesen permitido que las razas serviles (o razas secundarias, como también las denominaba) se unieran a ellos convirtiéndose en parte de la sociedad. En cambio, los norteamericanos habían segregado a los indios y marginando a los negros, no permitiéndoles participar genéticamente, socialmente ni políticamente en la formación del país, y eso era lo que había hecho grande a Estados Unidos. Los españoles de América Latina habían seguido un diferente camino de desarrollo, mezclándose con los indios, una raza prehistórica servil, para producir una población irremediablemente inferior. La única esperanza para la Argentina y para la región en su conjunto, prescribía Sarmiento, era ‘la inmigración europea, así, corrigiendo la

*sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media en la que el país estaba enfangado’.*¹⁴



La taba, gauchos en la pintura del uruguayo Juan M. Blanes (1830-1901).

He ahí la percepción del evolucionismo vernáculo y su mirada del otro, que coincidía con la del proyecto oligárquico. Esto lleva a que los pensadores nacionales proclamaran la necesidad de construir una epistemología de la

periferia, a fin de contemplar el fenómeno de la heterogeneidad en todas sus dimensiones. Igual suerte correrían las comunidades aborígenes en el marco del proyecto evolucionista y su concepción del otro. Si bien la discusión sobre el problema indígena responde a un

más amplio que el que se quiere imponer desde los medios progresistas en la actualidad, resulta imprescindible señalar que, en el contexto del proyecto oligárquico triunfante, la *otredad indígena* fue hostigada y empujada a los márgenes de la ley al igual que el gauchaje serrano y litoral.



Esclavos en la obra del pintor alemán, viajero por la Argentina y otros países americanos, Mauricio Rugendas (1802-1858).



El malón. Obra de 1845 del pintor Mauricio Rugendas .

problema

La alteridad india fue definida como pueblo sin ley, sin civilización, que justamente por carecer de ley no podía vivir en sociedad; se arrojó a los indígenas al lugar de lo no-civil, de aquello que no puede convivir con el “nosotros” replicado de la construcción del Estado moderno europeo. La visión de un otro que estaba fuera de la ley justificó las matanzas y persecuciones.

De acuerdo con este razonamiento, si Buenos Aires constituía el centro del poder económico e intelectual, era necesario expulsar a las comunidades indígenas lo más

¹⁴ . MARGULIS/URRESTI: *La segregación negada: cultura y discriminación social*. Op. cit., p. 50.

lejos posible, ya que resultaba inadmisible conservar rastros de “barbarie” cerca de la aduana.

2.3. El golpe contra las conquistas populares del peronismo

Otro momento de *avasallamiento contra la otredad mestiza*, tal como mencionábamos más arriba, será para los pensadores nacionales el golpe de Estado de 1955, autodenominado “Revolución Libertadora”.

Los tiempos de menor aceptación del *otro*, en los que se impone un proyecto que no concibe la heterogeneidad, ciertas veces han coincidido con la aplicación de un programa económico que refuerza la dependencia y la situación semicolonial. Estos modelos suelen ser reacciones a períodos precedentes de autoafirmación. Por ejemplo, luego de que Rosas pusiera en práctica la política soberana que impulsó la Ley de Aduanas en 1835 –una vez garantizada la otredad multígena gracias al Pacto Federal de 1831, que había establecido las bases institucionales de la Confederación–,¹⁵ la reacción revirtió totalmente esta orientación política a partir de las derrotas populares de Caseros y Pavón, en 1852 y 1861 respectivamente.

Pero la autoafirmación que se avasalló en 1955, para algunos pensadores enrolados en el peronismo, fue la del colectivo social y popular que representaba en ese momento a las mayorías: el peronismo, la política nacional y soberana que permitió salir de la situación semicolonial para avanzar hacia una independencia definitiva.

Recordemos que, hasta entonces, la independencia solo había presentado rasgos formales, ya que los principales resortes económicos de la producción local se encontraban en manos de los ingleses. Se había impuesto un programa económico diseñado por los adalides liberales, los prohombres de la década infame: era el momento de las recetas económicas de Presbich y Pinedo, dirigentes formados en el socialismo y paladines del evolucionismo que profesaba su partido desde la época de Juan B. Justo. Ese fue el proceso interrumpido y revertido por Perón.

¹⁵ . CHÁVEZ, F. (1996): *La conciencia nacional. Historia de su eclipse y recuperación*. Buenos Aires, Pueblo Entero, p. 49.

Los golpistas del '55 maquillaron el discurso evolucionista que había usado Mitre al justificar las matanzas gauchas y le agregaron la necesidad de apelar a los recursos eficientes en una gestión que priorizara la iniciativa privada por sobre la intervención estatal. La llegada de los tecnócratas fue un eslabón más en un proyecto que construiría una *otredad negativa* desde un plano más amplio en el pueblo peronista.

Así como el mitrismo había impuesto un proyecto basado en el endeudamiento externo, la apertura comercial indiscriminada y el aniquilamiento de la proto-industria local, los ideólogos de la Revolución Libertadora impulsaron la desnacionalización del Banco Central, la devaluación de la moneda, la liquidación del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) y el endeudamiento externo, arrasando así con las conquistas populares del peronismo.

Rodolfo Puiggrós hace una descripción esclarecedora de los publicistas que facilitaron el reverso de la gesta nacional:

“Personas de capacidad práctica en la gestión de sus intereses privados resultan sin idoneidad en el manejo de los intereses públicos. Exhiben como títulos habilitantes para gobernar a sus conciudadanos sus trayectorias financistas, de comisionistas, especuladores, agentes de consorcios, abogados de empresas extranjeras, pero al proyectar sus exitosas experiencias personales a las funciones del Estado actúan al servicio de los poderes económico-financieros a los que deben sus fortunas o sus carreras. Carentes de realismo social y de sentido práctico en el enfoque de los problemas populares (la vida para ellos es un negocio), cubren con el desprecio de la teoría su ignorancia de la ciencia política.”¹⁶

En los proyectos antipopulares nunca está ausente el deseo de eliminar todo rastro de cultura multígena: así como el mitrismo había avasallado al interior, sumando a la eliminación física el genocidio desde un plano simbólico que situaba al gaucho en el lugar de la otredad negativa, la Libertadora también se recostó en la imposición de una ideología que apuntaba a dismantelar la construcción identitaria peronista, autoasumida como heredera del rosismo, las montoneras federales y el yrigoyenismo.

¹⁶ . PUIGGRÓS, R. (1986): *Historia crítica de los partidos políticos*. Buenos Aires, Hyspamérica, p. 8.

En este espíritu se dictará el Decreto 4161, mediante el cual el gobierno ilegítimo, conocedor de la representación multígena del peronismo, intentaba borrar de la memoria a personas, organizaciones, instituciones, nombres, emblemas, música y otros elementos relacionados con más de una década de vida nacional: en definitiva, una nueva versión de la tabla rasa.¹⁷

El decreto, sancionado el 5 de marzo de 1956 prohibía hasta la sola mención de la palabra *peronista*. De acuerdo con sus mentores, el pueblo había sido engañado por la doctrina peronista, que no era sino la reproducción de un oscurantismo que expresaba la barbarie y el atraso de otrora. Así, el liberalismo bautizará como “segunda tiranía” al gobierno de Perón, considerando a la rosista como “la primera tiranía”.

La persecución del otro pasará luego al plano de lo legal: así como la oligarquía mitrista había identificado a los indios con la ilegalidad, los dictadores del '55 se abocaron a eliminar el engranaje jurídico que había permitido la institucionalización de reformas y la extensión de derechos sociales.

En resumen, avanzaron hacia la eliminación de la Constitución del '49, ya que el ángelus evolucionista también alimentaba el éxtasis liberal con el regreso a la Constitución de 1853. Así se terminó de reforzar el vínculo entre “la primera y la segunda tiranía” para la *intelligentzia* evolucionista de la década de 1950.

2.4. La dictadura cívico-militar de 1976

El siguiente proyecto de país que consideró extraña a la heterogeneidad en el marco de un “nosotros” excluyente, avanzando hacia la construcción de una otredad negativa, fue el encarnado por la Junta Militar que usurpó el poder por la fuerza en 1976. Este golpe retomó todos los rasgos de sus antecedentes históricos en pos de conformar una subjetividad única y occidental, de hecho, los dictadores bautizaron su proyecto “Proceso de Reorganización Nacional”, en forma similar a como Julio Roca había denominado al suyo.

¹⁷ . GALASSO, N. (2011): *Historia de la Argentina. Desde los pueblos originarios hasta el tiempo de los Kirchner*, Tomo II. Buenos Aires, Colihue, p. 364.

Otra coincidencia con los anteriores planes de restauración positivista, en este caso en materia de economía, fue la embestida contra el intervencionismo estatal, al que previamente se caracterizó desde el plano simbólico como uno de los peores males del desarrollo productivo. La lógica es repetida: con la excusa de aprovechar las “ventajas comparativas” de la Argentina –idea que podríamos catalogar de auténtica zoncera–, se llamaba a reducir la economía nacional a las actividades agroganaderas. De hecho, los dictadores del '76 fueron continuadores del plan mitrista que situaba a la Argentina en el lugar de mero furgón de cola de las economías imperiales.

En este marco se llevó a cabo una política de apertura indiscriminada de las importaciones que afectó fuertemente a gran parte del aparato industrial creado por las políticas proteccionistas e industrialistas del peronismo. Como consecuencia, miles de argentinos quedaron excluidos de sus puestos de trabajo. También se devaluó la moneda, medida que favoreció a los exportadores de materias primas e implicó una transferencia directa de recursos desde los asalariados hacia la oligarquía, como siempre sucede en estos casos. El otro eslabón fue el endeudamiento externo, causante de la mayor deuda que se contrajo en nombre de la Argentina.

En lo concerniente al vínculo con la alteridad popular, el plan de la dictadura consistió en desplegar un arsenal de recursos para emprender la aniquilación y la exclusión total de un otro que no tenía lugar dentro del nuevo esquema de país.

El procedimiento no se diferenció demasiado del empleado por el proyecto triunfante a mediados del siglo XIX: se construyó una otredad negativa sobre la base de denostar la figura del militante político, ubicándolo en el plano del delincuente común. Una vez más se desplegaba el esquema de guerra de policía, que facilitaba una mayor impunidad al eliminar a priori los derechos del adversario.

A diferencia del mitrismo, la figura racial quedó opacada por la del “delincuente subversivo”, estrategia que articulaba lo policial con lo político sin caer en un biologismo. Ya no se reclutaba a oficiales uruguayos ni se empleaba el ejército regular de línea para realizar la tarea sucia: ahora el hostigamiento a la otredad era llevado a cabo por fuerzas irregulares o grupos paramilitares formados en la Doctrina de Seguridad Nacional.

En toda construcción de la otredad, lo que se busca es generar dentro de la opinión pública la estigmatización del otro: en cierto modo se pretende un aislamiento entre el *nosotros* y el *otro* a fin de facilitar el hostigamiento, rasgo característico entre los perpetradores del genocidio de 1976. Cuando se impone la incompreensión del otro, cuando se pretende construir una nación únicamente con aportes homogéneos, cuando las elites gobernantes no toleran convivir con la diferencia, se socava profundamente la autoafirmación y se acorrala el sentir nacional, que retrocede hacia una actitud defensiva.



Desparecidos obra del artista Ricardo Carpani

3. El camino de la autoafirmación

3.1. Conciencia de la heterogeneidad e identidad comunitaria

Al comienzo de la presente unidad, señalamos que la autoafirmación contiene, a su vez, a otros elementos reivindicados por el Pensamiento Nacional, y entre ellos, un sentimiento afectivo positivo por lo propio, que desempeña un papel clave para el desarrollo de aquello que los pensadores nacionales, definen como la *autoestima colectiva*.

A diferencia del positivismo y debido a su focalización en el desarrollo histórico de la Argentina, la corriente historicista se sostiene en el reconocimiento de la realidad mestiza. De ahí **que la noción de otredad expresada en los momentos de autoafirmación** se diferencie radicalmente de la naturalizada por la reacción iluminista. En ella no se parte de una concepción esencialista ni de la negación o la demonización

de un sector de la población, y tampoco se interpela al otro desde una propuesta de tabla rasa. Por el contrario, se parte de considerar que el otro posibilita el funcionamiento de lo social.

Observaremos esta orientación filosófica en situaciones históricas concretas, en los frentes de liberación nacional formados a lo largo de nuestra historia, en cuyo seno el mestizo, el indio y el criollo forman parte de un colectivo, en el que se entrecruzan la cuestión nacional y la cuestión social. El desafío que deben superar estos movimientos consiste en comprender cabalmente la heterogeneidad e incorporar la diferencia, a una realidad múltiple con el fin de agruparla en objetivos homogéneos.

La conducción correcta de las pluralidades nos permitió en determinados períodos avanzar hacia la autoafirmación, pero en este sentido también cabe mencionar el desarrollo de una identidad comunitaria que posibilitó ese movimiento.

En momentos de crisis, en períodos en los que el enemigo extranjero quiso hacer pie en el territorio nacional, ya fuera mediante la invasión o mediante el manejo de los resortes económicos, esta identidad fue la que permitió resistir sobre la base de un vínculo afectivo con el lugar de origen, consolidado gracias a la revalorización del pasado, con el sentimiento de pertenencia a un territorio y con el atesoramiento de una cultura en común.

Al partir de una identidad comunitaria, el individuo conoce mejor su condición, su lugar en el mundo, la forma de vincularse históricamente con el entorno, en pocas palabras, la posibilidad de autorreflexionar sobre el pasado y proyectar el futuro. En efecto, las comunidades que logran elaborar un pensamiento sobre lo propio, sin distorsiones creadas por factores externos, desarrollan capacidades de autoconocimiento y autoestima que las conducen más rápidamente hacia el estadio de la autoafirmación.

Los avances en esta dirección permitieron poner en jaque los postulados del iluminismo que desechaban los aportes de nuestro pasado mestizo en el marco de una filosofía de realidades antagónicas, una moderna y otra atrasada, cuya finalidad era la exclusión de las mayorías populares en pos del beneficio de las minorías ilustradas que gozaban de la renta aduanera.

El concepto de afirmación que desarrolla el Pensamiento Nacional –la autoafirmación– también fue definido desde Europa por diferentes filósofos, como Nietzsche o Deleuze¹⁸, pero en nuestro caso, que involucra la condición semicolonial, quizá resulte más fructífero el análisis de Immanuel Wallerstein, quien pone de relieve la alteridad de un mundo partido entre dominadores y dominados, entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo.

Según Wallerstein, en el discurso construido por Europa se sentaron las bases para consolidar una visión eurocéntrica que se replicó en los países sometidos al imperialismo. No obstante, la resistencia a la argumentación eurocéntrica de corte iluminista posibilitó la afirmación de la alteridad, es decir, el propio avance de la occidentalización permite explicar algunos movimientos de autoafirmación que sellaron nuestra particularidad.

Vale destacar que, en el caso argentino, la identidad nacional tendió a autoafirmarse en momentos de reacción contra el avance imperial iluminista, como en las Invasiones Inglesas o en la defensa de las Islas Malvinas.

Como vimos en la primera parte de la unidad, para la cultura europea difundida en el Río de La Plata por sus reproductores acríticos, **una de las formas de acercamiento al otro era la asimilación**. Esta noción se reflejó en el intento de hacer tabla rasa con la alteridad para uniformar a la sociedad, de acuerdo con los cánones del desarrollo que había establecido la occidentalización. Era un proceso que implicaba eliminar todo el pasado, negando la diferencia. En cambio, para otras sociedades americanas, más homogéneas por haber experimentado un proceso distinto de conformación mestiza e inmigración, se desarrolló un tipo de identidad popular, definido únicamente por la diferencia con respecto al europeo.

En el caso de las nacionalidades americanas con culturas precolombinas más desarrolladas y numerosas que las del Río de la Plata, como Bolivia, Perú o México, el factor diferenciante fue el color de la piel. La afirmación en estas culturas se pone en práctica reforzando la alteridad racial con respecto al europeo, de ahí la consolidación de guetos que profundizan las diferencias sociales. En Argentina, en cambio, donde

¹⁸ . Fuente consultada <http://cefys.org.ar/mesas/2008/fernandezparmo.pdf> vigente en 2013

predomina el mestizaje, podríamos hablar de una síntesis de estas dos situaciones: *una identidad híbrida que posibilita el desarrollo de una identidad cultural y comunitaria basada en la pluralidad*.¹⁹

Uno de los elementos centrales de la identidad comunitaria es el vínculo sólido entre la población y el territorio, rasgo central de los períodos en los que entra en efervescencia la autoafirmación. Respecto de este vínculo con el terruño, dice Fermín Chávez:

*“Dos ideas sociales contrapuestas dominan todo el proceso cultural y político de la Argentina en el siglo pasado, a partir de la irrupción rivadaviana. Una, apenas intuita y ya firmemente aceptada por el pueblo, se define por su identificación con la tierra y con el hombre americano; la otra, influida por el racionalismo e iluminismo, se vierte sobre el país como un ánfora espuria de cultura, desbordante de maniqueísmo. La primera se alimenta del genio nativo, de lo facúndico que imprime un sello peculiar a nuestra fisonomía, como dice bien Saúl Taborda. La segunda se proyecta, bajo consignas de verdadero genocidio, levantando banderas de civilización e invirtiendo el viejo concepto griego de barbarie.”*²⁰

La primera idea que enuncia Fermín Chávez conduce al desarrollo de sujetos autónomos, de una identidad comunitaria que en su devenir histórico se ha desenvuelto en la heterogeneidad. La reflexión sobre esta situación permite al Pensamiento Nacional desarrollar los insumos necesarios para alcanzar la realización efectiva de la conciencia nacional, que solo se detecta en momentos en los que asoma la autoafirmación.

José Hernández reflexionaba sobre esta circunstancia, en una época durante la cual el proyecto de país contemplaba únicamente, la incorporación de mano de obra inmigrante y el deseo de una Argentina blanca:

“Pero, si el país necesita la introducción del elemento europeo, necesita también y con urgencia la fundación de colonias agrícolas con elementos nacionales (...) Cuatro o seis colonias de Hijos del País harían más beneficios, producirían mejores

¹⁹ . ibíd.

²⁰ . CHÁVEZ, F.: *Porque esto tiene otra llave de Wittgenstein a Vico*. Buenos Aires, Pueblo Entero, p. 80.

resultados que el mejor régimen policial y que las más severas disposiciones contra lo que se han dado en calificar de vagancia.”²¹

La autoafirmación que emergió en determinados momentos de nuestro devenir permitió una revalorización histórica de nuestro pasado, desnudando el inconformismo de aquellos sectores de la población que percibían y deploraban la situación de dependencia. De este modo fue posible saltar el cerco adormecedor de la propaganda imperial difundida por la superestructura cultural, que había moldeado a sujetos conformes, que no discutían las condiciones de dependencia, ya fuera porque ni siquiera las identificaban o porque, gracias a ellas, obtenían privilegios económicos.

Los colectivos populares que reaccionaron contra la dependencia accedían a una conciencia colectiva formada en una alteridad heterogénea, partiendo de una identidad comunitaria para lograr la autoafirmación. Tal como señalamos más arriba, este salto es el resultado de la autoestima colectiva que revaloriza lo propio.

3.2. Momentos de consolidación de la autoafirmación durante los siglos XIX y XX

3.2.1. La resistencia al imperialismo británico

Si bien los ingleses impusieron una dominación de tinte semicolonial que a priori parecía garantizar la independencia formal del país, la influencia que ejercían en la economía, gracias a los acuerdos que habían sellado con la oligarquía luego de las batallas de Caseros y Pavón, sometió a la Argentina a una estrecha dependencia con respecto a la metrópoli londinense. Esta última, aprovechando su condición de motor de la economía mundial, montada a una lógica imperial y aliada a la oligarquía local, situaba a la Argentina en el lugar de granero del imperio.

Pero las apetencias inglesas sobre nuestros recursos no siempre tuvieron el mismo carácter, como ya explicamos, en determinados momentos se dirigieron directamente hacia la apropiación de nuestros territorios: un ejemplo claro que perdura en la actualidad es el de las Islas Malvinas, pero no fue el único. Recordemos que hacia 1806,

²¹ . Ibíd., p. 82.

los súbditos ingleses, dueños de los mares, decidieron invadir el territorio nacional continental.

La resistencia a dos incursiones inglesas, junto con la expulsión de los portugueses a manos de Pedro Cevallos, que llevó a crear el Virreinato del Río de La Plata, fueron para Fermín Chávez una de nuestras primeras expresiones de autoafirmación soberana. La organización popular de una comunidad pequeña como era la población de Buenos Aires, frente a la mayor potencia económica de aquel entonces, puso en evidencia la valentía y la rebeldía de hombres y mujeres conscientes de su vínculo con la tierra, así como el rechazo de su ocupación por extranjeros, quienes además de hablar otro idioma eran portadores de una ideología diferente.

Estos factores culturales reforzaron el sentimiento patriótico contra el invasor, cuyo ejército fue bautizado *“Los Diablos Rojos”* por el pueblo. El sentimiento patriótico se sostuvo en el tiempo, y volvió a aflorar cuando los ingleses, expulsados al año siguiente, decidieron iniciar un bloqueo para ocupar otra vez el territorio nacional.

La organización popular ante la segunda intentona imperialista demandó aún más sacrificio; apellidos como Liniers y Álzaga dan cuenta de esta gesta. En ella convivieron los españoles preocupados por garantizar la posesión de los dominios del rey y los criollos que fueron incorporados como ciudadanos de primera, para enfrentar al invasor.



Los ingleses atacan a Buenos Ayres y son rechazados
Museo del Bicentenario

La decisión de expandir su influencia a nuestras tierras por parte del Imperio inglés se explica en parte, por la pérdida de sus colonias en América del Norte a fines del siglo XVIII, así como por la necesidad de extender sus dominios imperiales para incorporar la creciente oleada de manufacturas que salían del puerto de Manchester. Pero las ambiciones británicas encontraron en la resistencia hispano-criolla un furioso obstáculo para la realización de sus objetivos. Si bien el ejército nacional se mantenía materialmente con el dinero de los monopolistas españoles, fueron los criollos quienes integraron mayoritariamente las filas de combatientes. La inmensa valentía de las milicias criollas quedó grabada para siempre en la memoria de las batallas callejeras que se libraron en el casco histórico de la ciudad.

Los ingleses pensaban que se enfrentarían únicamente a la guardia española, prenoción que derivaba de su experiencia de la conquista en América del Norte, donde el mestizaje era nulo. Imaginaban que la población rioplatense no vería con malos ojos la llegada de las tropas invasoras y daban por sentado que el principal enemigo de los criollos eran los españoles. Fue un craso error de apreciación británica, ya que la defensa ante el imperio inglés nunca supuso la intención de independizarse de España. Ello no exime de pensar, sin embargo, que la expulsión inglesa fuera el antecedente más cercano de la Revolución de Mayo.

Cabe señalar, no obstante, que a pesar del movimiento de autoafirmación que frustró sus planes, los ingleses que desembarcaron en nuestras costas plantaron la semilla del iluminismo en un sector de la población del puerto, que no se sentía identificado culturalmente con los sectores populares. Son célebres las expresiones admirativas de la patricia Mariquita Sánchez de Thompson sobre el andar elegante del ejército invasor, ya que *“Nuestra gente de campo no es linda. Es fuerte y robusta, pero negra”*.²²

Este primer movimiento de autoafirmación sentó precedente para el desarrollo de nuestros ejércitos en la Guerra de la Independencia. Luego de las Invasiones Inglesas, la formación de los ejércitos se modificó favoreciendo la participación de los criollos que tanta valentía y dinamismo habían demostrado dentro de las fuerzas. Por entonces surgieron expresiones como “pueblo en armas” y “ejército popular”, que pusieron de manifiesto el carácter heterogéneo de la formación en un contexto en el que incluso

²² . SÁNCHEZ, M. (1953): *Recuerdos del Buenos Aires virreynal*. Buenos Aires, p 65.

diez caciques ofrecieron veinte mil hombres para expulsar a los británicos.²³ Esta épica popular, que muchos autores liberales pretenden desmerecer, adquiere aún mayor relevancia si se tiene en cuenta que el regimiento 71, conducido por el británico Pack, mordió la derrota por primera vez en tierra criolla luego de permanecer invicto en Europa.

3.2.2. Las lanzas federales

La década que se inicia con la Revolución de Mayo implicó también la llegada a Buenos Aires de un bloque de ideas importadas de Europa: el iluminismo filosófico y el racionalismo económico desembarcaron en estas costas para discutir con la cultura indo-hispano-criolla. De este encuentro saldrán dos núcleos ideológicos contrapuestos. Tal como comenta Fermín Chávez, el pensamiento colonial adquirirá mayor o menor brío según cuál sea la coyuntura. Ello dependerá de la relación de fuerzas entre los hombres de Buenos Aires y las montoneras del interior.

Durante el período en cuestión, el pensamiento colonial encontró en Rivadavia a su mejor exponente. Los comerciantes de Buenos Aires, conocidos como *“los hombres de casaca negra”*,²⁴ estaban resueltos a sacar provecho de las guerras de la Independencia que habían ganado el pueblo del interior. Si bien no dudaban en usufructuar a su antojo el erario público de la aduana, para avanzar aún más en sus propósitos aspiraban a legitimarse a través de una Carta Magna. De ahí que impulsaran la redacción de la Constitución de 1819, una auténtica tentativa iluminista de gobernar al interior bárbaro.

El intento de imponer una Constitución era motivo de controversia y discusiones entre los grupos en pugna, cuyas posiciones antagónicas se expresaron tanto en la Asamblea de 1813 como en las sesiones congresales de Tucumán en 1816. En ambos momentos, la fracción iluminista careció del capital político suficiente como para imponer sus

²³ . GALASSO, N. (2011): *Historia de la Argentina*. Buenos Aires, Colihue, p. 122.

²⁴ . *“Lavalle llamaría a los unitarios ‘los hombres de casaca negra’. Eran personajes totalmente persuadidos de su ciencia, taciturnos y severos, embanderados de latines, como Don Julián Segundo de Agüero, con su prosapia curialesca, o sinuosos como Don Salvador María del Carril. Rivadavia fue su jefe indiscutido.”* RAMOS, J. A. (1986): *Las masas y las lanzas*, Buenos Aires, Hyspamérica, p. 84.

criterios constitucionales, pero vale recordar que en las jornadas de 1816 se logró rechazar la sugerencia de Belgrano y otros diputados del interior que proponían avanzar hacia una monarquía democrática encabezada por un rey inca, so pretexto de que el país en formación no merecía a un rey discípulo de la castas de los “chocolates”.²⁵

Hacia 1819, con los principales referentes nacionales alejados de la ciudad rumbo al campo de batalla para seguir defendiendo la independencia proclamada en 1816, los porteños aprovecharon la coyuntura para avanzar en la redacción de la Carta Magna a la que aspiraban. Tal como la describe José María Rosa, la Constitución de 1819 *“era un código tan perfecto doctrinalmente que Daohou lo presentaría como modelo de cátedra francesa. Pero nada tenía que ver con la Argentina”*.²⁶ En este escrito constitucional se aceptaba la monarquía como sistema político, pero el soberano elegido no provenía del Alto Perú como se había pretendido en 1816, sino de Francia. ¡Qué mejor que un príncipe francés para una constitución de corte francés!, pensaron los iluministas del ‘19.²⁷

Sin embargo, Buenos Aires debió pagar un alto precio por la sanción de este texto constitucional. Todo el país atravesaba una situación de inestabilidad, consecuencia de un gobierno despótico que carecía de una mirada nacional capaz de resolver los problemas de la mayoría. Artigas lanzaba sus últimas proclamas y luchaba por obtener el apoyo de Buenos Aires en su cruzada contra el avance portugués. En febrero de 1820, dos meses después de la aceptación del Príncipe Luca como monarca, se desencadenó la Batalla de Cepeda en la que el frente provinciano federal se impuso sobre la prepotencia porteña.

²⁵ . “Escandalizado, Anchorena aclara que no le molesta el proyecto monárquico constitucional, pero sí, en cambio, que se pusiese ‘la mira en un monarca de la casta de los chocolates, cuya persona, si existía, probablemente tendríamos que sacarla borracha y cubierta de andrajos de alguna chichería para colocarla en el elevado trono de un monarca’.” GALASSO, N. (2009): *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*. Buenos Aires, Colihue, p. 179.

²⁶ . ROSA, J. M. (1978): *Historia argentina*, Tomo III. Buenos aires, Oriente, p. 237.

²⁷ . “Pueyrredón y sus colegas, que trabajan en estos momentos en la constitución, la hacen tan monárquica como lo permiten sus circunstancias’, informaba Le Moyne a Richelieu el 2 de septiembre de 1818 desde Buenos Aires, al confirmar la alborozada aceptación del director y el Congreso del duque de Orleans como rey. Mientras el francés y Valentín Gómez se fueron a París a ultimar los trámites, la constitución quedó sancionada”. ROSA, J. M.: *Historia argentina*, Tomo III. Op. cit., p. 239.

Conducido por el lugarteniente de Artigas, Francisco Ramírez, este frente logró quebrar en el corto plazo la hegemonía porteña consolidada desde el Congreso de Tucumán hasta Cepeda. Pero una lectura más amplia nos permite ver cómo este casillero que se avanzó en la lucha del federalismo contra el iluminismo de Buenos Aires terminó por marcar un retroceso en términos estratégicos, ya que la victoria implicó también un agrietamiento en las filas federales, donde la figura de Artigas quedó condenada a la derrota.

No obstante, en este período es posible identificar dos situaciones que constituyen una marca de autoafirmación. En primer lugar, el interior avanzó por primera vez sobre la metrópoli y fue percibido como un otro invasor por la gente “decente” de Buenos Aires. Es interesante observar cómo describe ese momento el mitrista Vicente Fidel López:

*“Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como multitud inorgánica es la más insaciable de las fieras conocidas: cosas que debe tener presente la juventud, expuesta por exceso de liberalismo a creer en las excelencias de las teorías democráticas que engendran las teorías subversivas del socialismo y del anarquismo contra las garantías del orden social.”*²⁸

En segundo lugar, la avanzada de la montonera federal trajo un pliego con exigencias que dan cuenta de su espíritu autoafirmativo y entre las que se destacan la disolución del Congreso y del Directorio. De este modo también quedaba anulada la Constitución del '19. Las *lanzas federales*, como las denomina Abelardo Ramos, lograron cerrar el camino a las aspiraciones iluministas de imponer un rey que poco tenía que ver con el pasado indo-hispano-criollo e implicaba la importación de una forma de gobierno completamente ajena a la realidad local.

²⁸ . RAMOS, J. A.: *Las masas y las lanzas*. Op. cit., p. 54.



Lancero Federal según un dibujo de Albérico Isola publicado en la época de Rosas (alrededor de 1845) por "Litografía de las Artes".

3.2.3. Rosas y la Vuelta de Obligado

Los años subsiguientes a esta gesta se engloban en lo que se conoce como el período de guerras civiles. La cancillería inglesa aprovechaba las divergencias entre las oligarquías locales, apoyándose en las portuarias para fortalecer la marcha de sus negocios en nuestra tierra; este movimiento de pinzas de los británicos se combinó con el denominado *proceso de Balcanización*, es decir, el desmembramiento territorial de la antigua configuración colonial.

Así, a lo largo del período se formaron nuevas repúblicas independientes: el caso más conocido, en parte por su cercanía, es el de la Banda Oriental, convertida en Uruguay en 1828. Esta pérdida de territorio confederado se debió, según autores como José María Rosa, en parte a la acción de la diplomacia inglesa en lo que se conoció como la Misión Ponsonby, cuya acción fue facilitada por el ala rivadaviana, cultora de la idea de patria chica.

Quien logró dar una vuelta de página al avance del imperialismo, para el revisionismo clásico, fue don Juan Manuel de Rosas. En primer lugar, con la formulación de la Ley de Aduanas. Esta ley que protegía las manufacturas locales significó un desafío para los postulados liberales de la época, que preconizaban una apertura salvaje de las barreras aduaneras. Con su medida de corte nacional, Rosas logró que, por primera vez en mucho tiempo, la política exterior no pasara únicamente por las apetencias de Buenos

Aires. Tal como sostiene José María Rosa, la iniciativa generó un salto cualitativo para la época y rompió con la lógica de las guerras civiles de aquel período. A raíz de su decisión, *“Rosas deja de ser provincial para erigirse en nacional.”*²⁹

Esta legislación nacional generó enconados rechazos a la figura del Restaurador. Para los sectores vinculados al comercio exterior, como los “pandilleros” de Buenos Aires (el partido político que agrupaba a los liberales autonomistas), la Ley de Aduanas implicaba aislarse del mundo, ya que ellos lucraban y se identificaban con el estatus de semicolonias inglesa. Dichos sectores iniciaron una activa campaña de desprestigio contra Rosas, creando un clima que abrió las puertas a los bloqueos anglo-franceses.

Aquí cabe destacar la defensa heroica de la heterogénea milicia que resistirá el bloqueo. Ante la amenaza territorial, Rosas opone un frente nacional en el que convivían criollos, mestizos e indios. Este acontecimiento evidencia, una vez más, que los sectores populares seguían siendo quienes mejor entendían la causa nacional. Se estaba dando un paso más hacia la construcción identitaria, avalada por un proceso histórico en común y reforzada por la tradición oral de quienes habían combatido en las guerras de la Independencia o defendido la ciudad ante las invasiones de los ingleses.

La conciencia nacional incipiente, sumada a la épica de la resistencia, posibilitará para autores como Fermín Chávez el desarrollo de un espíritu de autoafirmación y mantendrá en alto la fuerza moral de una tropa que, a pesar de hallarse en condiciones de inferioridad material con respecto al ejército enemigo, dio muestras de enorme patriotismo más allá del resultado en el campo de batalla. Como es sabido, la estrategia nacional consistió en tender cadenas sobre el río y generar condiciones que imposibilitaran la navegación de barcos de última generación, poco apropiados para este tipo de escenarios.

El propósito explícito de los británicos era imponer la libre navegación de los ríos, es decir, romper con la Ley de Aduanas, pero no resulta descabellado conjeturar que también pretendieran balcanizar parte del territorio nacional. Esta hipótesis se funda en una lectura del contexto internacional del período: los ingleses habían avanzado

²⁹ . TRÍAS, V. (1970): *Juan Manuel de Rosas*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, p. 100.

sobre China y los franceses sobre Argelia; comenzaba a gestarse la denominada “época del imperialismo”.

Pero fue el gaucho “ladino” de Rosas, como gustaban llamarlo los sectores iluministas que festejaban el ingreso del invasor, quien encabezó la defensa de nuestra soberanía, gesta que a su vez no habría sido posible sin el valor y la clara voluntad de autoafirmación que albergaban los sectores populares, para quienes el avance imperial significaba un avasallamiento, no solo de la soberanía sino también de la identidad.

3.2.4. El eclecticismo en la generación del '80: la Doctrina Drago

Años más tarde, la derrota de Rosas en Caseros y la caída del federalismo en Pavón permitieron el avance de los sectores vinculados a la oligarquía ganadera y comercial, y hacia 1880 ya se había garantizado la consolidación del proyecto encabezado por Mitre.

Sin embargo, tal como había ocurrido en el salón de Marcos Sastre, la década del '80, que en términos filosóficos implicó la cristalización de la corriente positivista, también contuvo espacios de reflexión heterogénea y eclética al interior de su generación. Es decir, no todo era entrega y adulonería para con el imperio inglés, sino que existían intersticios a través de los cuales se podía pensar la problemática social desde acá, aun cuando solo fuera en algunos aspectos. Como señalamos antes, si bien la oligarquía se había erigido en detentora del poder económico y político, algunas voces daban muestras de autonomía y dejaban entrever la posibilidad de avanzar hacia un pensamiento que contemplara la autoafirmación.

Muestra de ello fue la serie de acontecimientos que llevó a la enunciación de la Doctrina Drago. A fines del siglo XIX se había puesto de moda un nacionalismo burdo y profeta de patria chica, con los montoneros federales supuestamente derrotados y la oligarquía envalentonada luego de la masacre del Paraguay. Este sector comenzó a presionar en favor de un conflicto bélico con Chile, pero Roca, evitando caer en un juego bélico que traería mayor endeudamiento, decidió aplacar los ánimos de guerra con el país vecino y reforzar los lazos de amistad con el Brasil.

Este acercamiento continental no le cayó en gracia a la diplomacia norteamericana, que comenzaba a poner en práctica el axioma *“América para los americanos”* avanzando sobre la supuesta autonomía territorial de las jóvenes y separadas naciones del Caribe. El esquema imperial de Estados Unidos apuntaba a que las naciones del hemisferio sur entablaran entre ellas un vínculo similar al que el imperio del Norte impulsaba en los países caribeños.

Era la época de florecimiento del imperialismo. Uno de los problemas que acuciaban a las naciones del continente americano era el endeudamiento contraído por las oligarquías locales que, empujadas por el modernismo en boga, se habían lanzado a la construcción de emprendimientos financiados maliciosamente por los imperios con el fin de garantizar una estructura económica dependiente.

Entre los emprendimientos oligárquicos se destacaba la construcción de ferrocarriles y puertos de acuerdo con un esquema diseñado para facilitar la salida de los productos primarios que necesitaba la metrópoli al otro lado del océano. La consecuencia irá materializándose a largo plazo en un endeudamiento que reforzará las condiciones de dominación. Justamente por la imposibilidad de hacer frente a los préstamos contraídos con Gran Bretaña y Alemania, Venezuela sufrió un bloqueo y un bombardeo de sus principales ciudades costeras.

La pasividad de Estados Unidos ante el acontecimiento generó duras críticas, ya que la Doctrina Monroe supuestamente implicaba que el gigante del Norte debía emprender la defensa del continente ante cualquier invasión. La actitud de Estados Unidos frente al bombardeo de Venezuela dejó en claro que las presiones del capital financiero, del que la nación del norte ya comenzaba a formar parte, eran prioritarias a la defensa continental y a los pactos previamente establecidos. En este contexto, el canciller argentino Luis María Drago envió una carta al presidente estadounidense para reprocharle su indiferencia ante el bombardeo y el incumplimiento de la Doctrina Monroe, así como repudiar en nombre de la Argentina los intereses leoninos cuyo pago se exigía a Venezuela.

Si bien esta iniciativa no es comparable a la autoafirmación de los ejércitos nacionales que pusieron freno a una invasión extranjera, al menos pone en evidencia cierto eclecticismo en la generación del '80: aunque en su seno imperaba el positivismo y la

importación acrítica de ideas, también existieron voces que en el nivel continental se levantaron contra los abusos imperialistas, el doble juego de Estados Unidos y el sistema de endeudamiento crónico que oprimía a las jóvenes naciones del continente.

Estas voces pueden considerarse jirones de autoafirmación en medio de la descontrolada entrega patrimonial que llevaba adelante el liberalismo salvaje.

3.2.5. La política yrigoyenista de neutralidad y defensa continental

En esta línea de defensa continental ante el avance imperial consentido por algunos sectores iluministas locales también cabe mencionar la política de neutralidad implementada por el presidente Yrigoyen durante la Primera Guerra Mundial.

Como todos los movimientos nacionales que intervinieron en la realidad semicolonial, el yrigoyenismo despertó y polarizó los sentimientos de la población local. Algunos sectores deploraron la decisión del gobierno porque anhelaban participar en el conflicto bélico levantando la bandera de la “libertad” que promovían los imperios ingleses y franceses. Este grupo opositor nucleaba a todo el aparato de la *intelligentzia*, cuyos integrantes eran susceptibles a las ideas importadas funcionales a los intereses imperiales y anhelaban extender su gratitud al imperio sumándose al frente de batalla. Vale aclarar, no obstante, que la participación imaginada por la *intelligentzia* consistía en dedicarse a escribir crónicas de guerra mientras mandaban a las trincheras a los sectores populares. Así describe Abelardo Ramos el clima de época:

“Las grandes multitudes estaban contra la guerra imperialista. Sobre todo, contra el designio de las grandes potencias que dominaban la Argentina de introducir al país en su propia contienda. Era notorio que el clero católico era asimismo neutralista, como los anarquistas, salvo alguno que otro poeta melenudo vinculado a los círculos literarios y, en consecuencia, rindiendo tributo al cipayaje de esos círculos. Los socialistas, en cambio, eran rupturistas del mismo modo que los disidentes radicales, todo el conservadorismo y el poderoso peso de las colectividades italiana, francesa,

belga, inglesa, o norteamericana, apoyadas por el inmenso aparato cultural y periodístico del imperialismo.”³⁰

La neutralidad constituía un claro signo de autoafirmación también en otros sentidos, ya que mientras la metrópoli se sumergía en la guerra, Argentina crecía económicamente expandiendo sus posibilidades de autonomía. El contexto bélico era ideal para los países productores de alimentos, que podían aprovechar el aumento en los precios de sus exportaciones para generar una acumulación originaria transferible a la producción industrial.

Por otra parte, los países centrales no podían mantener la exportación de sus manufacturas, generando un doble efecto: por un lado, la oligarquía local no estaba en condiciones de despilfarrar los ingresos provenientes de sus cosechas en bienes suntuarios y, por el otro, la Argentina se veía obligada a generar un proceso de sustitución de importaciones para proveerse de todo lo que había dejado de recibir al estallar la guerra.

Pero Yrigoyen no solo era neutralista, sino que además no vaciló en apoyar la defensa continental ante cualquier intencionalidad imperialista. Cuando corrió el rumor de que las potencias centrales invadirían Uruguay, Yrigoyen respondió: *“Si por desgracia el Uruguay viera invadido su territorio, tenga la más absoluta seguridad el pueblo amigo de que mi gobierno no le vendería armas, sino que el Ejército argentino cruzaría el Río de La Plata para defender la tierra uruguaya”*.³¹

Estas muestras de autoafirmación también entraban en sintonía con la actividad y el compromiso de un pensador de la época, Manuel Ugarte, conocedor de la realidad mestiza y contemporáneo de Vasconcelos, quien expresaba, en una frase ya presentada: *“Somos indios, españoles, negros, pero somos lo que somos y no queremos ser otra cosa.”* Yrigoyen también defendió ese principio cuando, en plena invasión estadounidense de la República Dominicana, el ministro de Marina le preguntó a cuál

³⁰ . RAMOS, J. A. (1973): *La Bella Época*. Buenos Aires, Plus Ultra, p. 232.

³¹ . *Ibíd.*, p. 241.

de las dos banderas debía saludar al acercarse a la costa de la isla: el presidente, sin dudarlo, le ordenó saludar a la bandera del país caribeño y no a la de Estados Unidos.

3.2.6. El 17 de octubre de 1945: la autoafirmación peronista

Durante los períodos de restauración oligárquica no existirá para los pensadores nacionales la posibilidad de comunicación política con la alteridad popular: es el poderoso quien establece las reglas del juego. De ahí que la oligarquía no tenga dificultades en reforzar los vínculos de dependencia con el imperio, cada vez que logra hacerse del poder político. En cada período de restauración, el ideario oligárquico emerge con una impronta tanto o más violenta que la del período conservador abierto en 1853.

La década infame, para los revisionistas clásicos, fue uno de los períodos de mayor entrega del patrimonio nacional. El derrocamiento de Yrigoyen marcó apenas el comienzo de una serie de golpes institucionales a gobiernos democráticos, pero también puso en evidencia la falta de respuestas políticas de una oligarquía que había visto peligrar su poder con la sanción de la Ley Sanz Peña.

A partir del '30 se suscitaron momentos de confusión en los que el proyecto de país comandado por la elite, en colaboración con el partido militar a nivel interno y con el imperio inglés a nivel externo, logró obturar nuevamente la visión multígena del país. Tal como ocurre cada vez que triunfa uno de estos proyectos pensados por las oligarquías, los sectores populares quedaron marginados. En la década del '30 se sellaron los acuerdos leoninos a raíz de los cuales aquel período fue bautizado *la década infame*. Además de los escándalos comerciales, esta década será recordada por un mecanismo de fraude político que constituyó una muestra cabal del estado de anomia social que generaba el proyecto de exclusión de los sectores populares, totalmente alejado del camino de la autoafirmación.

Recién las jornadas del 17 de octubre de 1945 marcarán un punto de inflexión entre aquella realidad anómica y el avance en un proyecto de autoafirmación popular. Pero un proceso de tal calibre no puede ocurrir de la noche a la mañana. Entre otros factores, esta fecha fue consecuencia del trabajo silencioso de los pensadores y trabajadores de la cultura que entre las décadas del '20 y '40 indagarán respeto a nuestra identidad, así

como la labor de los forjistas y otros pensadores nacionales contemporáneos, quienes desnudaron con sus denuncias el engranaje de enajenación que sometía al país durante la reacción conservadora de Uriburu y Justo. También es preciso destacar la iniciativa de sectores militares nacionalistas que comprendieron que el camino hacia la independencia económica se lograba a través del desarrollo industrial, el control sobre los recursos naturales y el dominio de los resortes económicos que hasta ese momento habían estado en manos del imperio inglés.

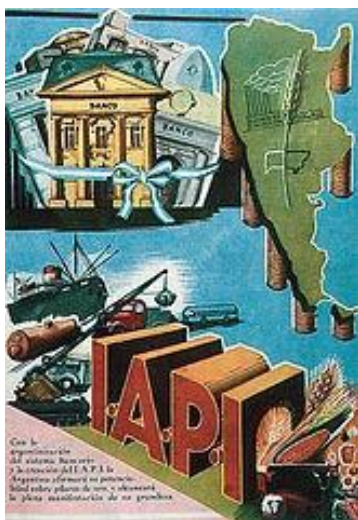
De este mosaico de ideas surgió la conformación de un frente antiimperialista que contemplaba la diversidad y en el que, junto a los sectores populares, se inscribieron diferentes sectores del empresariado local conscientes de las necesidades del mercado interno, así como estratos eclesiásticos preocupados por el devenir de la política nacional. Todos confluyeron en el nuevo frente, poniendo en marcha un movimiento nacional conducido por Juan Domingo Perón.

El logro fundamental de Perón, que garantizó el éxito de su movimiento, radicó en una lectura correcta de la situación previa al 17 de octubre, es decir, en su reflexión sobre la dependencia económica. El nuevo conductor, además, supo conciliar las diferencias inevitables al interior de un movimiento de masas, basándose en un diagnóstico de la realidad nacional. He ahí el salto cualitativo con respecto a otras gestiones y el factor que diferenció radicalmente a este período de los regímenes liberales, que veían los problemas nacionales a través del prisma de la *intelligentzia* y sus recetas importadas. Bajo estas condiciones, el autoconocimiento dio paso a una autoafirmación basada en medidas de perfil industrialista y nacional.

En el terreno de la política internacional, durante el gobierno peronista se rechazó la incorporación de Argentina al FMI, organismo creado luego de la Segunda Guerra Mundial para transformar el tablero de los poderosos en el mundo. Estados Unidos desplazaba cada vez más a Inglaterra en materia de influencia e intervención económica en los países de América Latina. En una clara muestra de autoafirmación y conocimiento de la realidad nacional, que bajo la impronta de la dependencia había articulado su aparato productivo en función de los intereses imperiales a lo largo de un siglo, el gobierno de Perón decidió el no ingreso del país al organismo de crédito multilateral, medida que habría sido impensable durante la década infame.

Con esta decisión, el gobierno siguió marcando un perfil independiente de crecimiento económico, por fuera de los designios imperiales y las recetas importadas. Pero no era posible llegar de la noche a la mañana a posiciones soberanas luego de casi un siglo de dominación británica. El cambio de rumbo exigió sin duda complejos mecanismos de negociación, sobre todo para evitar caer en la dependencia de la potencia emergente. Sin embargo, era innegable que soplaban otros vientos, pues Argentina ya no actuaba como un mero títere británico, sino que negociaba de igual a igual con la metrópoli londinense.

La oligarquía terrateniente había encontrado en la posesión de la tierra un elemento de presión con el que lograba poner a prueba a cualquier gobierno, ya que a raíz de las condiciones extraordinarias del suelo obtenía anualmente la denominada *renta agraria diferencial*. En términos numéricos, según calculó Scalabrini Ortiz, el costo del kilo de carne argentina era cinco veces menor que el producido en Francia.³² Para empeorar aún más la situación, esta ganancia nunca se reinvertía en la construcción de un proyecto industrial sino que, por el contrario, las familias de linaje gastaban el excedente del agro en mansiones, viajes y productos suntuarios.



Consciente de que buena parte de la financiación estatal provenía de estos ingresos, el gobierno avanzó hacia una apropiación parcial de la renta. Con este fin creó el IAPI, un organismo encargado de regular el comercio exterior para derivar parte de los ingresos por la venta de granos a la construcción de un aparato industrial que permitiera un crecimiento autónomo e independiente del imperio. El IAPI constituyó un paso clave hacia la autoafirmación, sin

precedentes hasta el momento.

Propaganda del Primer Plan Quinquenal, promocionando el IAPI

³² . GALASSO, N. (2005): *Perón, Tomo I: Formación, ascenso y caída 1893-1955*. Buenos Aires, Colihue, p. 446.

Pero para cortar verdaderamente el cordón de la dependencia era preciso romper con los vínculos de la economía semicolonial, que se apoyaba en una serie de espacios necesarios para su reproducción. El principal resorte de esta dependencia eran los ferrocarriles.

Tal como revela Scalabrini Ortiz en su meticulosa investigación, el tren era el medio de transporte que posibilitaba el eficaz traslado al puerto de los granos comprados por Inglaterra, para luego embarcarlos rumbo a los principales puertos británicos. De ahí el trazado radial de las vías, que comunicaban las zonas productivas directamente con el puerto, sin que mediaran consideraciones por el enlace entre las localidades del interior. Además, *“la tarifa parabólica aplicada a los fletes impidió sistemáticamente que en el interior argentino se desarrollasen industrias competidoras del producto importado. En razón de ese rol colonialista, no existe posibilidad de planificar ningún desarrollo manteniendo el transporte ferroviario en manos extranjeras”*.

Este párrafo cierra un círculo de la historia hasta ahora relatada en nuestros encuentros. Scalabrini saca a la luz el vínculo oculto entre el tendido del ferrocarril y el proyecto de la oligarquía, impuesto a fuerza del genocidio indígena, la destrucción de las montoneras federales y la desarticulación de una estructura económica de carácter artesanal enfocada hacia el desarrollo del mercado interno. El reverso de aquella historia fue 1945. El proyecto encabezado por el entonces Coronel Perón incluía a los nietos de aquellos sectores populares que habían sido arrasados por la oligarquía a punta de pistola con el fin de imponer las manufacturas inglesas y someter al pueblo a una realidad ajena a la propia, a través de un sistema cultural colonizado.

Bajo Perón no solo se nacionalizaron los trenes, sino además las telecomunicaciones, el servicio de gas, el carbón, la energía eléctrica, la flota mercante (elemento esencial también en el transporte de mercancías a Inglaterra) y los seguros. Se brindó impulso a las fabricaciones militares y se desarrolló la Comisión Nacional de Energía Atómica. Todas estas medidas avanzaron de forma decisiva hacia la autoafirmación. Cuando el General Perón sufrió el golpe de estado de 1955, Argentina había dejado de ser una semicolonía.



Fotografía: 17 de octubre de 1945 en la calle

3.2.7. El reclamo territorial de Malvinas

Puede decirse que Malvinas es una herida aún abierta en el camino hacia la autoafirmación. La legitimidad del reclamo territorial implica necesariamente que cualquier intento de recuperación e incorporación de las islas a nuestra integridad territorial sea visto como un avance hacia la soberanía autoafirmativa.

Sin embargo, abordar la problemática de Malvinas requiere una interpelación en el nivel continental, un consenso regional que avance hacia la autoafirmación latinoamericana. De ahí la importancia de actuar dentro de las estructuras regionales, como Mercosur, Unasur o Celac.

La cuestión Malvinas constituye para autores como Fermín Chávez un claro manifiesto de autoafirmación, en el sentido que la acción británica en el continente, sostenida desde fines del siglo XVIII representa un conflicto que nos remite a una amenaza real, no solamente sobre nuestro actual territorio sino sobre las aspiraciones argentinas y sudamericanas en la región. La guerra de



1982 para este autor, como para Jorge Abelardo Ramos, más allá de las circunstancias dictatoriales que ambos repudiaron representó una advertencia respecto a una situación de carácter colonial que, además, tuvo consecuencias geopolíticas concretas de alta relevancia ya que el conflicto bélico dio por tierra al orden panamericano construido después de la Segunda Guerra Mundial. Cabe recordar que Estados Unidos se negó a aplicar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en oportunidad del manifiesto avance de fuerzas extracontinentales hacia la región.

A modo de cierre

Para finalizar solo nos queda recuperar la idea central que ha articulado el desarrollo temático en general y no sólo de esta unidad, última del programa del seminario. Nos referimos a que tanto en el nivel de la formulación teórica como en el de la práctica, estas etapas del Pensamiento Nacional, *autoconocimiento*, *autorreflexión*, *autoestima*, se retroalimentan dialécticamente. Ninguna funciona de forma individual, aunque en determinados momentos una puede adquirir cierta preponderancia sobre otra.

La denuncia del déficit, la valorización de lo propio y la elaboración de un entramado de conceptos que evidencien la realidad nacional permiten pensar, y a su vez contener, el momento culminante del Pensamiento Nacional, que es el de la *autoestima*. La *autoafirmación* será consecuencia de los anteriores. Es en la *autoafirmación* donde, para el pensamiento nacional, ejercemos una verdadera facultad soberana de reflexión y en lo posible, de decisión y de acción, porque a través de ella nos afianzamos en el propio ser ya conocido, elaborado y querido y nos auto reconocemos en relación a otro”.

Solo nos queda en este cierre, proponer la revisión de los contenidos de la unidad, adoptando una perspectiva integral y abarcativa sobre el conjunto de temas desarrollados en el seminario. De esta manera será posible identificar más fácilmente los distintos momentos del Pensamiento Nacional, su movimiento y su dialéctica. Para ello sugerimos:

- Leer el material de estudio y la bibliografía obligatoria.
- Realizar una breve reflexión final incluyendo en lo posible algún interrogante surgido a partir del recorrido por los núcleos conceptuales desarrollados en esta propuesta, que dan cuenta de los distintos momentos del Pensamiento Nacional y de las voces de sus pensadores.
- En las clases virtuales se establecerán las consignas específicas y se brindará a los estudiantes, la orientación necesaria.

Bibliografía

JARAMILLO, A.: *Universidad y Proyecto Nacional*. En <https://skydrive.live.com/?cid=a70c1d28c09439cd#!/view.aspx?cid=A70C1D28C09439CD&resid=A70C1D28C09439CD!140&app=Word>

JARAMILLO, A.: *El colonialismo pedagógico y cultural*. En <https://skydrive.live.com/?cid=a70c1d28c09439cd#!/view.aspx?cid=A70C1D28C09439CD&resid=A70C1D28C09439CD!142&app=Word>

JARAMILLO, A., compiladora: *Fermín Chávez: una epistemología para la periferia*, Editorial UNLA.